

Recordando a Jeff Buckley

“Father & Son” II

Javier Rodríguez C.

“Que Jeff Buckley haya sido “descubierto” interpretando la emotiva *“I never asked to be your mountain”*, escrita por su padre veinticinco años antes, y dedicada a Jeff y su madre Mary Guibert; en un homenaje que se le rindió a Tim Buckley en 1991, es quizás la más sentida “coincidencia” en esa extensa serie que une a Jeff y su padre. “No es un trampolín”, se apresuró en aclarar, “es una forma de rendirle mis últimos respetos a mi padre”, un padre al que apenas conoció, pues murió antes que él cumpliera 9 años. Esa noche Jeff se reconcilió definitivamente con el legado de su progenitor.” *Father & Son I*

Recordando una nota publicada hace algunas semanas, en memoria al sexagésimo cumpleaños de Tim Buckley, hoy les presentamos un artículo, independiente pero complementario, en homenaje a su hijo Jeff -también músico- prematuramente desaparecido hace ya una década. Continuemos recordando esta ilustre historia familiar.

Like Father...

Jeff Buckley creció sin saber quién era. Tuvo que encontrarse, cual moderno Kaspar Hauser, en un viejo certificado de nacimiento, en el que pudo leer que Scottie Moorhead era realmente Jeffrey Scott Buckley Guibert. No le habían dicho que el señor Moorhead era su padrastro, ni él lo sospechaba. Algo sorprendente, si observamos el portentoso parecido físico entre Jeff y su padre, Tim Buckley. Su voz de cuatro octavas (es probable que haya tenido un mayor rango, acercándose a las 5 y media de su padre) y un interés devocional por la música, debían haber levantado sospechas. Su padre no podía ser uno de los toscos *white trash* con los que se crió, entre trailers y casas rodantes. Había algo en el fan de Yes, Led Zeppelin y Al Di Meola, integrante de la banda de jazz de su escuela y determinado a ser músico ya a los 12 años, que no concordaba con ello.

Se dice que Jeff tendía a exagerar la dureza de la crianza que le brindó su madre, violonchelista clásica viuda de Tim, y esto puede ser cierto. Es aquel otro punto de comunión con su padre, quién no dudaba en difundir rumores y confirmar leyendas, sólo con la intención de reforzar su mito.

Pero, si Tim tuvo que mudarse de su natal Nueva York a California para encontrar su oportunidad, Jeff siguió el camino inverso. Una vez en NY, fue el antiguo manager de su padre - el legendario Herb Cohen - quién le ofreció grabar una demo, que falló en atraer la atención de las disqueras. Jeff todavía no estaba maduro; tuvo que rodar un poco más, presentándose en cafés de la ciudad, donde tocaba temas de artistas tan distintos como Van Morrison, Nusrat Fateh Ali Khan o Sly Stone, casi como una rocola humana. Pero fue cuando subió al entarimado del St. Ann's Church, en Abril del 91, para rendir tributo a su padre, que finalmente se mostró en todo su potencial. Brooklyn quedó hechizada; el fantasma de Tim Buckley se encarnó esa noche en el cuerpo de su hijo, para resucitar en

cada nota. “No era mi vida, no era mi trabajo” aseguró Jeff, quién esa velada dejó de ser un músico aspirante, era ya un prometedor talento camino a la consagración. Sólo hasta ahí Jeff Buckley necesitaría el apoyo de su padre.

Recién en 1993 Jeff comenzó la grabación de su primer LP. Aquel año vería el lanzamiento de su placa debut, registrada en vivo en el Café “*Sin-é*”, lugar donde se presentaba con regularidad. Una suerte de “tarjeta de presentación”, este EP demostraba que el mayor talento de Buckley era su voz, la que explotaba perfectamente, con prolongados *falsestos*, suspendiendo complicadas notas por tiempos imposibles de comprender sin pensar en perder el aliento, visitando composiciones propias (algunas en complicidad con Gary Lucas, guitarrista de Captain Beefheart) y presagiando lo que dentro de poco traería su trabajo de estudio.

Todo lo que prometió el “*Live at Sin-é*”, y más, encontraría cumplimiento en “*Grace*”, lanzado en agosto de 1994. Empecemos hablando del arma favorita de Buckley, su voz; que aquí parece mezclar, con gran puntería, a Gedy Lee, Leonard Cohen, su padre Tim, Chet Baker, Robert Plant, Edith Piaf y Robin Tyner, en un caudal uniforme y de profunda personalidad, muy identificable, al punto de hacer que todos esos “fantasmas”, que transitan el eco de su voz, no sean más que vagos rumores. Este audaz y ambicioso disco, ofrecido como “la salvación” de la escena alternativa (con el grunge ya herido de muerte), fue recibido con excesiva tibieza, tanto por el público como por la crítica. Tendría que pasar casi una década para que se comprendiese la real estatura de este disco, uno de los mejores del decenio pasado.

Quizá lo que más desconcertaba del encendido romanticismo de “*Grace*” era lo solapado que sonaba un mozuelo poniéndose a cantar temas hechos para voces curtidas por los años; tal es el caso de “*Lilac Wine*”, por ejemplo. Pero la fortaleza de Buckley, que supo dotar a su intimidante entonación una calidad intemporal, apuntalada por arreglos musicales justos, pensados con tal fin, le permitieron arremeter canciones muy complejas, como “*Hallelujah*”, que encontró en él a su mejor interprete, consiguiendo la versión más profundamente sensual del tema, sensorial en la más extensa acepción.

“*Grace*” fue condenado por ser en exceso pretencioso y disperso, y probablemente lo era, adoleciendo una característica heredada de su padre. En este álbum Jeff condensa sus influencias en apenas 10 canciones, colando atisbos de jazz, folk, blues, hard rock, cánticos *qawwali* y precisión clasicista. Pero si en el caso de su padre todo el espectro de su discografía apenas alcanza para contener la vastedad de su obra, con Jeff pasa lo contrario; la infinidad de sus posibilidades, de riquísimos niveles, se encierran en tan solo un disco.

A pesar de lo contradictorio del escenario, “*Grace*” fue calificado como “imposiblemente bello” pero “inconsistente”, a la vez que ni las radios, ni MTV, lo lanzaban a un público todavía poco preparado para algo como lo que Buckley ofrecía. Agobiado por su reciente fama, Jeff tampoco estaba demasiado cómodo, y buscaba aliviar su creciente tensión con presentaciones bajo “alias” en pequeños cafés, donde disfrutaba aprendiendo de su arte mientras tocaba.

El contrato firmado con Columbia, así como sus intereses artísticos, lo llevaron en 1996 nuevamente al estudio. Grabó, con Tom Verlaine como productor, lo que debía ser su siguiente disco, *“My Sweetheart the drunk”*. Pero Jeff, no contento con lo registrado, despachó al ex Television y se retiró a Memphis, donde recomenzó el trabajo. La atención se había volcado sobre él, se esperaba mucho de su siguiente paso artístico.

La noche del 29 de Mayo de 1997 Jeff Buckley sintió ganas de nadar. Caminando por la rivera del río Wolf, comenzó a internarse en el agua, sin quitarse las botas o la ropa, dejando atrás a su *roadie*, una grabadora y su guitarra. Jeff continuó su caminata, cada vez más sumergido. Su acompañante lo perdió de vista, no se había preocupado pues bañarse vestido en el río era algo que Jeff ya había hecho antes. No apareció esa noche y los días siguientes un diluvio oscureció su rastro. Una semana después su cuerpo descompuesto emergió en una marina. Jeff Buckley tenía 30 años, dos más que su padre al morir.

De lo congénito y lo construido

Su violento padre no había desperdiciado oportunidad de escarnecerlo por su inocultable belleza física, condenando también sus inclinaciones artísticas. Su madre – la abuela – le repetía con frecuencia, “Morirás joven, eso es lo que les pasa a los poetas.” Tim Buckley creció escuchando esa cantinela, hecha luego maldición, que pesó sobre él toda su vida y se extendió a su hijo Jeff, condenándolos a ambos a una muerte prematura, que confirma otro fatal paralelismo en esta historia común del padre y el hijo.

Tanto Jeff como Tim Buckley fueron, no sin razón, considerados entre los más prometedores artistas de sus respectivas generaciones. Los dos también murieron demasiado pronto, obligándonos a preguntar si no se podría haber sacado más de semejante talento. El misticismo hindú, que padre e hijo conocieron, no trae demasiadas luces, y más bien hace que lamentemos no haber podido reconocer a los Buckley en vida. “Esta sociedad acostumbra reverenciar a sus héroes muertos”, decía Tim.

De vastísima influencia, es difícil determinar dónde comienza y dónde termina la incidencia de Tim Buckley, demasiado amplia y exclusivista a la vez. Con Jeff podemos rastrear su sombra en gran parte de la “música alternativa” que le sucedió, con Thom Yorke en un lugar particularmente prominente, pues escribió su bellísima *“Fake Plastic Trees”* con Jeff en mente, y sabemos que escucha, en su fuero interior, cuando se pone a cantar, la voz de Jeff. El tiempo dirá hasta donde se extenderá todavía este influjo.

Aquí cerramos esta conmemoración, con la certeza de haber encontrado un excelente pretexto para revisar el trabajo de un par de artistas de cuya música me siento profundamente enamorado. Y en este momento no temo ya equivocarme. El arte de los Buckley apela tanto a los sentidos que sería un inepto al tratar de racionalizar semejante caudal. No, no hace falta. La vida es - al final de cuentas - eterna, y hoy también yo soy una mente satisfecha.

javier.rodriguez.c@gmail.com